

LA PRÁCTICA DE LOS SUEÑOS

Ligia Victoria Nieto Roa

COORDINADORA GRUPO P.E.I. MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

Como insumo de inspiración para esta exposición recibí un material con experiencias de maestros inquietos y deseosos de hacer innovación y cambio en su sistema de enseñanza y de evaluación. Al leerlos he encontrado en todos ellos la enorme dificultad que significa llevar a la práctica los sueños de una pedagogía diferente con la profunda teorización adquirida en los años de formación. En sus diferentes intentos los personajes sentían fracasar y terminaban haciendo lo que tradicionalmente habían hecho o repitiendo sin querer lo que habían visto hacer a sus maestros.

Esta lectura me llevó a encarar mi experiencia y a recordar diferentes momentos vividos como maestra. La primera vez que me enfrenté a un grupo de estudiantes de octavo grado —aún sin terminar la universidad— tenía teóricamente muy claro lo que debía hacer. Preparaba las clases con cuidado y sentía que el tema era realmente apasionante. Sin embargo al llegar al salón y encontrar veinte adolescentes rebeldes, desgreñados, irreverentes y totalmente apáticos, nada de lo planeado resultaba. Salía angustiada y sin saber cómo seguir. Cada día ensayaba nuevas técnicas de acuerdo a las orientaciones que recibía para manejar grupos y dominar el tema. Nada daba resultado y yo no me atrevía a comentarlo con los demás profesores, ni mucho menos a confesar mi incapacidad y fracaso en ese campo. Cuando me sentía al borde de una angustia infinita, resolví que no servía como maestra y

que nunca más volvería a dar clases. Abandoné el colegio y durante cuatro años no volví a pensar en eso.

Una compañera no podía atender la solicitud de un colegio y por casualidad me pidió que la reemplazara durante dos meses. Este colegio era completamente diferente y el miedo que me había quedado, poco a poco se fue desvaneciendo. La Directora que encontré me supo enseñar el enorme significado de la pedagogía y de la relación del maestro con el alumno. No había mucha teoría, sólo un ejemplo permanente. En ese colegio duré diez años.

Posteriormente, a pesar de lo que había prometido, volví al colegio de mi primera experiencia. Pero lo hice con una mirada diferente y la experiencia ganada me facilitó entrar en una pedagogía activa, dinámica y llena de proyectos e innovaciones que era lo usual allí. Ya sabía que no podía trabajar sola, que debía apoyarme en los maestros activos, innovadores y abiertos, dispuestos escuchar mis debilidades y dificultades. Con su ejemplo, su experiencia y su paciencia comprendí que un proyecto pedagógico, es realmente proyecto, cuando todos participan en su construcción, cuando se discute sobre los avances, cuando se planea de manera conjunta, cuando se evalúa el proceso y la actuación del maestro. Quien es capaz de mirarse sin temor, de preguntar, de confesar que no puede y necesita ayuda es capaz de participar en un proyecto de innovación educativa. En ese colegio se investigaba todo el tiempo, se hacían talleres y seminarios de profundización relacionados con los temas y los problemas de la vida; no sobre asuntos que nunca se pueden poner en práctica sin relación con la cotidianidad de la escuela.

Había espacio y tiempo para todo: aprender a leer, escribir, hacer excavaciones arqueológicas, conocer la historia, la filosofía,

trabajar en cuero y cobre, hacer vitrales, cerámica, música orquestal, títeres, matemáticas y física. Este espacio y tiempo lo creaban los maestros y los estudiantes. El maestro que pretendía trabajar sólo y a su manera, como me había pasado a mí la primera vez, era incapaz de entrar en un mundo de innovaciones, de encuentro con sus alumnos para descubrir sus intereses, de trabajo en equipo para enriquecerse en las dudas y encontrar preguntas que cuestionaran sobre el por qué y el para qué de las acciones, de la pertinencia de un tema o el desarrollo de determinado contenido.

Al cabo de los años, llegué a un colegio en un municipio de Córdoba, donde nadie había trabajado por proyectos, ni tenía el más mínimo interés en hacerlo. El funcionamiento era totalmente tradicional. Existía una enorme presión sobre los estudiantes para obtener altos resultados académicos sin otra motivación diferente de ser el primer colegio de la región.

El rector y un pequeño grupo de maestros llegados a la institución estaban interesados en dar un gran cambio para generar allí un centro de innovación. La tarea no era fácil, los maestros antiguos no estaban contentos con el cambio, su interés no era colaborar y mucho menos cambiar su estilo de trabajo y de vida.

Los padres tampoco estaban contentos con la llegada del nuevo equipo gracias a que los maestros habían empezado a indisponerlos sobre las ideas que traían y la confusión que crearían en el colegio donde todo marchaba tan bien. Se necesitó de mucha paciencia, creación de ambientes amables y disposición permanente para escuchar, argumentar y demostrar las opciones que se proponían. Introducir cualquier cambio, a pesar del convencimiento del rector y de algunos profesores requería del concurso

de los profesores y los padres de familia o por lo menos de un buen número de ellos. Esto implicaba que debían empezar a cuestionar el sistema vigente, es decir a pensar en otras posibilidades.

Durante el primer semestre se le presentaron a los maestros nuevas metodologías. Y a los estudiantes —especialmente a los del bachillerato— se los motivó para analizar su colegio, sus clases, para expresar sus inquietudes. Así se fueron encontrando nuevas miradas sobre la educación, nuevas preguntas, nuevas propuestas.

La oposición permanente de los antiguos maestros más las dudas sembradas en las familias hacían el trabajo terriblemente duro. Gracias a que los alumnos se entusiasmaron con los pequeños cambios que daban y con las propuestas de los nuevos maestros el proceso empezó a avanzar. Eran ellos los que llegaban a sus casas a contar lo sucedido en el colegio, a hacer preguntas, a desear ir a ciertas clases, a charlar con sus profesores. Como esto no sucedía antes, los padres se inquietaron por lo que pasaba y empezaron a ir al colegio, a preguntar, a asistir a las reuniones de padres y a colaborar con sus hijos en las propuestas de trabajos de investigación.

Pasado el primer semestre, algunas de las profesoras de primaria empezaron a ceder en su resistencia y aceptaron ensayar algunas cosas. Leyeron autores que hablaban sobre el conocimiento y la pedagogía, y cuestionaron las teorías que estudiaban en su licenciatura a distancia. Hicieron acuerdos de ayuda con algunos profesores de secundaria y poco a poco, al terminar el año, el ambiente estaba preparado para pensar en llevar a cabo proyectos pedagógicos.

Los maestros más resistentes pidieron cambio. Los demás, voluntariamente, dedicaron ratos de sus vacaciones a encuentros para hacer lecturas, se aliaron para el trabajo del siguiente año, pensaron en propuestas y se prepararon para hacer innovaciones. El segundo año empezó con optimismo y mayores deseos de cambio.



Iniciar la renovación requirió de un año de trabajo constante con los maestros, los padres de familia, los alumnos y la comunidad. Si no se hubieran respetado las resistencias y temores de unos y otros, si no se hubiera tenido persistencia y fe en la propuesta, si no se hubiera dado la posibilidad para ensayar y equivocarse —con una voz de aliento que decía “adelante sí se puede, ensaye de tal o cual manera”— y los maestros no hubieran encontrado la posibilidad de probar nuevamente de acuerdo a su capacidad de riesgo, tampoco habría sido posible la propuesta.

Otro factor decisivo fue la seguridad con que el equipo innovador actuaba, no porque todo fuera perfectamente claro, sino por la convicción de que el cambio era bueno y se podían obtener logros. Los padres de familia, los docentes y estudiantes estaban informados cada semana en un pequeño boletín sobre educación y sobre lo que el colegio hacía y esperaba hacer, solicitando a la vez aportes y opiniones.

En el segundo año se empezaron a desarrollar proyectos pedagógicos desde el preescolar hasta el onceavo grado. Cada grupo proponía el proyecto que quería desarrollar. Los alumnos más pequeños, de preescolar y primaria, trabajaban a partir de sus inquietudes cotidianas, de la vida de los animales, del espacio,

de los cuentos de fantasía. Los de 4º a 7º grados entraron a temas más complejos como la ciudad del futuro, la elaboración de pistas de ciclo-cross, a ensayos sobre sistemas de vuelo que permitían entender cómo vuelan los aviones, a proyectos productivos para poder viajar a conocer el mar, a clasificar animales. Los de los últimos grados, de octavo a once, se organizaron por intereses y afinidades. Hubo proyectos sobre el montaje de un calentador solar, la construcción de robots, el manejo y recortado del papel y la elaboración de figuras en origami, la historia del pueblo, la clasificación de los pescados del río San Jorge, la elaboración de redes y tejidos y mil cosas más.

Los proyectos surgían de preguntas e inquietudes de los estudiantes que exponían sus dudas e intereses. Con los más pequeños el maestro recogía estas preguntas para orientar el desarrollo del proyecto. Con los mayores, eran ellos mismos quienes seleccionaban y decidían. Cambiaron de tema, de grupo, de maestro orientador durante el tiempo establecido para ello. Finalmente terminaron por elegir el proyecto y empezaron a trabajar en él.

Los proyectos tenían características diferentes según el grupo de edades. Los niños pequeños avanzaban prácticamente todo el tiempo orientados por sus maestras. Los del grupo mediano organizaban un tiempo y un lugar determinado para ir construyéndolo con mucho apoyo y acompañamiento del profesor. Los mayores los desarrollaban en las horas de la tarde. Trabajaban solos y en el lugar que requiriera el tema: el río, la casa comunal, el taller de mecánica, su propia casa, el pueblo, la casa del artesano, etc. De todas formas había unas reglas y acuerdos que debían cumplir. Primero la elaboración del proyecto con sus objetivos, metas, estrategias y requerimientos para que el grupo de profesores

los aprobara. Segundo tener un maestro tutor que los acompañara en las sesiones que ellos consideraran necesario, que estaría dispuesto a orientarlos y ayudarles en lo que requirieran. Tercero informar siempre a su maestro tutor el lugar en donde iban a trabajar. Cuarto presentar avances del proyecto cada determinado tiempo mediante informes escritos y sustentación oral. Quinto, hacer los ajustes necesarios de acuerdo al análisis de los informes. (En la presentación de los informes se evaluaba no sólo el trabajo de los estudiantes, sino también la tutoría prestada por el profesor y los profesores consultados).

En algunos casos fue necesario replantear todo el proyecto e iniciar de nuevo, cambiar de tutor, buscar mayor asesoría entre los padres, amigos y vecinos. Los proyectos no eran algo impuesto, eran un trabajo que requería compromiso y gusto, interés y dedicación y por lo tanto había que buscar los medios necesarios para que esto fuera así.

Al final se desarrollaron excelentes proyectos con mucha investigación y enorme aprendizaje sobre diferentes áreas y contenidos. Los muchachos expresaban gran satisfacción por su trabajo y lo presentaban con orgullo a sus compañeros, maestros y padres. Éstos empezaron a creer en la propuesta, apoyando a sus hijos y participando como cualquier estudiante cuando se requería su experiencia, conocimiento o interés.

Fue un aprendizaje de todos: directivos, docentes, alumnos, padres, asociación de padres y comunidad. Muchos miembros del pueblo participaron prestando sus talleres, conversando con los estudiantes, contando anécdotas y compartiendo su experiencia y saber.

No fue fácil, hubo tropiezos, dudas, resistencias, no sólo antes de iniciar sino dentro del desarrollo mismo. Pero lo que permitió llegar a los resultados alcanzados fue la convicción de sus orientadores; la capacidad de riesgo, el trabajo en equipo, la investigación, la controversia sobre la práctica y la realidad, ser capaces de reconocer que sobre el error se aprende.

Para terminar podría resumir ya en forma teórica lo que son los proyectos pedagógicos:

El Proyecto, se define como una construcción colectiva y permanente de relaciones, conocimientos, valores y habilidades, que se va estructurando a través de la búsqueda de soluciones a preguntas y problemas que surgen del entorno y la cultura de la cual el grupo y el maestro o maestra hacen parte. En esa búsqueda de soluciones, el grupo escolar se constituye en un equipo que investiga, explora y plantea hipótesis en busca de diferentes alternativas, y en el cual el niño y la niña participan activamente como seres que conocen, sensibles e imaginativos (1).

El proyecto pedagógico es una estrategia que permite introducir a los alumnos en el fascinante mundo del conocimiento, partiendo de las inquietudes que manifiestan frente a su entorno, dándole sentido al conocimiento y accediendo así a lo que la humanidad ha construido.

Lo que caracteriza a los humanos es la capacidad de construir y transformar al mundo y esto no se logra con la

(1) MEN. **Propuesta Curricular Piloto para el Grado Cero: marcos político, conceptual y pedagógico**, Santa Fe de Bogotá, Julio 1996.

repetición de lo que otro dice. Se hace a través de la pregunta por lo que existe, gracias a la mirada desde lejos y en distintas perspectivas que permita comprender y transformar. Pero esta acción no es posible en la soledad, se requiere del otro, de su respuesta y su desacuerdo, de compartir los hallazgos, búsquedas y errores, de conocer sus creencias, mitos y costumbres, es decir de la construcción social del mundo.



El proyecto pedagógico, al ser una construcción colectiva, se convierte en un proceso de investigación que lleva a encontrar las partes y los elementos para la solución de un problema, sus símbolos y significados correlacionando, integrando y haciendo activos los conocimientos, habilidades, destrezas, actitudes y valores logrados en el desarrollo de las áreas y las experiencias cotidianas.

El proyecto no es una *summa* de actividades o áreas desvinculadas entre sí, —aritmética, lenguaje, sociales, democracia, sexualidad— sino un proceso para solucionar un problema. Todo lo que ocurre en él va dirigido a encontrar acciones concretas con ese propósito determinado. Esto permite ser consciente de los pasos seguidos para llegar a la solución y ponerla al servicio de los demás. Al resolver problemas las fuentes de información pueden ser múltiples y variadas: textos, videos, experiencias vividas, aportes de los padres, compañeros mayores o menores, expertos profesionales, lugares.

Buscar información con el objetivo de solucionar algo facilita la integración con otros grupos, colegios, comunidad e instituciones. Por lo tanto, posibilita la participación y la práctica

de la democracia, el reconocimiento de las diferencias y debilidades de los otros, el respeto y la solidaridad, la auto-estima y la seguridad frente a los demás. En él cada uno debe estar desempeñando funciones y tareas diferentes, con sus estilos y ritmos propios. No es posible trabajar haciendo todos la misma operación, el mismo ejercicio, es necesario complementarse, enriquecerse, apoyarse y avanzar en conjunto, no en manada.

Este tipo de trabajo requiere mayor autonomía y creatividad, mayor organización y respeto de las normas y acuerdos. Cada actividad y compromiso tiene tiempos diferentes y resultados distintos que deben conjugarse en función del mismo objetivo tema o necesidad.

El profesor se convierte entonces en un miembro más del grupo que investiga, pregunta, hace hipótesis y las comprueba conjuntamente con los alumnos. Tiene la capacidad de orientar, facilitar espacios, crear ambientes, impulsar y dinamizar el trabajo, introducir conocimientos de las diferentes áreas y articular sus elementos. El trabajo en proyectos pone al estudiante en contacto con un conocimiento universal, que no sólo lo enriquece a él, sino a todos los que en él intervienen.